

de los fieles adoradores del verdadero Dios, todos los justos, todas las almas puras y santas de los dos Testamentos, todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, de toda edad, de todo sexo, de toda condición, con las diversas cruces de todos sus heroísmos públicos y secretos, de todas sus penalidades interiores y exteriores, de todas sus privaciones, de todos sus enemigos, de todos sus desamparos. Entre esa inmensa multitud de fieles que marchan en pos del Hombre-Dios, no hay uno solo que, cargado con su cruz, no presente á un mismo tiempo el signo del dolor marcado sobre su frente, la tristeza del dolor impresa en su rostro, las lágrimas del arrepentimiento en sus ojos, las huellas de la penitencia en su cuerpo, y las llagas de la abnegación en su corazón.

Mas al mismo tiempo observad también ¡cuán radiante brilla en esa santa caravana el júbilo sincero ¡sin ningún temor!... ¡Cuán intrépida es su marcha, y cuán seguro su paso!... No os asombréis; sus intenciones son puras, y se fijan siempre sobre el objeto único y perceptible para los ojos perspicaces de su corazón. Sus sentimientos son sublimes: nada contiene ni retarda el vuelo de esas palomas afectuosas, que con ala segura se lanzan hacia Dios. Su vida es perfecta; y no tienen temor de aspirar á cosas demasiado elevadas, ni de tomar por modelo un tipo demasiado perfecto, en la escuela del que ha dicho: «¡Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial!»

No, no; nada debe asombrarnos aquí: la fe es la base de todo el edificio de su virtud; la fe es el primer motor de todos sus movimientos; la fe es la vida de su vida. La confianza, nacida de la fe, los sostiene; el ejemplo de Jesucristo, autor y consumidor de la fe, los alienta; la caridad, transformación de la fe que obra por amor, la caridad los hace superar, devorar, por decirlo así, todos los obstáculos: el espíritu de Dios, espíritu de fuerza á la par que de dulzura, es para ellos una unión que consuela, llama que depura y santidad que adorna.

¡Cuán augusta, cuán amable á los ojos de Dios y de los hombres es esta santa sociedad de los elegidos de Dios, viajeros de la tierra y ciudadanos del cielo!... ¡Oh! ¿quién os proporcionará á vosotros, á mi, á todos nosotros, marcados con el sello de Jesucristo, quién nos proporcionará el ser incorporados á él? ¿No podemos al menos, aun cuando seamos hijos degenerados del Padre común, no podemos al menos deslizarnos en esas gloriosas filas, á favor de la sombra de la cruz, por la tolerancia de esa tierna Madre, que no quiere que perezca ninguno de sus hijos?... ¡Apresurémonos; todavía es tiempo de ser inscritos en esa augusta milicia!... Si no podemos ocupar un lu-

gar entre los inocentes y las vírgenes, podemos y no depende más que de nosotros, ser admitidos entre los penitentes. Nadie está excluido: todo hombre es invitado, llamado al séquito de Jesucristo, con tal que se presente con la cruz sobre los hombros, la abnegación en el corazón y en los labios, y la resolución de marchar por los mismos pasos de Jesucristo, expresada por todos los actos de su vida.

¡Dichosos, hermanos míos, si la muerte nos sorprende en medio de esa santa sociedad, en ese camino en apariencia tan áspero, tan escarpado, tan impracticable, pero en realidad tan tranquilo, tan seguro, tan delicioso!... Ese es, en último resultado, el único camino que conduce al cielo. No dilatemos, pues, el entrar en él, porque cuando hayamos tenido el valor de seguir á Jesucristo en el Calvario, en su cruz, en su dolor, en su humillación, en su muerte, seremos admitidos á participar de su eterna gloria, de su eterna vida: *Si compatimur, ut et conglorificemur*. Así sea.

## PENTECOSTÉS Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

*Emitte Spiritum tuum, et creabuntur;  
et renovabis faciem terrus.*

Enviad vuestro espíritu, y todo será creado, y renovaréis la faz de la tierra.

(SAL. 68. 30.)

Hablando de la tierra que la omnipotencia de Dios acababa de sacar de las profundidades de la nada, hermanos míos, el historiador sagrado nos dice que estaba vacía y estéril, y que, rodeada de densas tinieblas, no era más que caos y abismo. También se ha dicho que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, como para fecundizarlas. Así, la virtud del espíritu de Dios no debió permanecer extraña ni á la creación de la luz y de los astros, ni á la fecundación de las plantas que revistieron el globo terrestre.

Esas profundas palabras, históricamente verdaderas, eran también

misteriosamente proféticas; y al mismo tiempo que nos revelan el estado del mundo material, en el origen de las cosas, han predicho y pintado también de antemano el estado del mundo moral en el tiempo de la redención: han sido una espléndida profecía de los efectos de la acción divina en la regeneración de las almas.

Si, en el momento en que el Hijo de Dios subió al cielo, la tierra estaba vacía de verdad, estéril de virtudes: *Terra erat inanis et vacua*. Estaba envuelta en las tinieblas y en las nubes de todos los errores, y cubierta del fango de todos los vicios. El mundo moral, el mundo social, no era más que un verdadero caos, un abismo de desórdenes: todo era en él ignorancia y corrupción: *Et tenebrae erant super faciem abyssi*.

Pero el día en que el Hijo de Dios envió su espíritu sobre sus Apóstoles, ese espíritu trajo á las almas la luz de todas las verdades y el fuego sagrado de todas las virtudes. Á esa doble maravilla del poder creador hacia alusión el Rey Profeta, cuando decía: «Enviad vuestro espíritu, y todo será creado, y renovaréis la faz de la tierra.» Lo cual era decir en realidad que la venida del Espíritu Santo, cuyo solemne aniversario hoy celebramos, sería como una nueva creación, y cambiaría el estado de los espíritus y de las costumbres en el mundo entero. Ese será también el asunto de este discurso. Al tiempo mismo que vamos á exponer las circunstancias de la venida del Espíritu Santo á la tierra, describiremos los efectos maravillosos que ha operado en las inteligencias y en los corazones: doble ventaja asegurada á toda alma que tiene la dicha de recibirle. La conclusión deberá, pues, ser que si tenemos la felicidad de poseerle, le conservaremos con exquisito cuidado; y que si nos hallamos privados de Él, procuraremos obtenerle por medio de la penitencia. *Ave María*.

Lo que desde luego debe llamarnos la atención en el grandioso misterio de este día, hermanos míos, es lo que dice el texto sagrado: «De repente se oyó un ruido del cielo, semejante al de un viento impetuoso, que llenó toda la casa en donde estaban.» Aquella casa, como sabéis, era el cenáculo. Allí se encontraban la Santísima Virgen, alma de la Iglesia; Pedro, cabeza de la Iglesia; los Apóstoles, columnas de la Iglesia, y los primeros fieles, primicias de la Iglesia de Jesucristo. Aquella casa era, pues, la Iglesia de Jesucristo, la verdadera Iglesia: luego cuando se dice que el Espíritu vino á llenar aquella casa, el historiador sagrado quiere decirnos que desde hoy el Espíritu Santo ha descendido sobre la Iglesia, está unido á ella é incorporado con la misma, para no dejarla jamás, para vivificarla, il-

minarla y dirigirla siempre. El Dios Padre, el Criador, colocó los cimientos de esa Iglesia por su poder; el Dios Hijo, el Redentor, ha consolidado sus partes con su sangre; el Dios santificador, el Espíritu Santo, la ha llenado de sí mismo. Así dice San Agustín, lo que el alma es para el cuerpo del hombre, el Espíritu Santo comienza hoy á serlo para la Iglesia, que es el cuerpo de Jesucristo. El alma, llenando el cuerpo todo entero, comunica á cada miembro la energía, y da á cada uno la capacidad de desempeñar su función particular: por medio del alma ven los ojos, oyen los oídos, obran las manos y se mueven los pies. Del mismo modo el Espíritu Santo toma hoy posesión de la Iglesia, para dar á todas las partes que componen ese cuerpo místico el poder de ejercer sus funciones respectivas. En efecto, por el Espíritu Santo los Apóstoles evangelizan, los doctores enseñan, los taumaturgos obran prodigios, los Pastores gobiernan, y los fieles reciben la luz y la gracia para obedecer. Tal es el misterio que nos revela San Pablo cuando nos dice: «Hay en ella una gran variedad y una gran diversidad de gracias, de estados, de condiciones y de funciones; pero en la Iglesia de Dios, siempre es el mismo y único Espíritu el que obra en todo y por todas partes. Tal es esa unidad de principio y de forma, de vida y de acción que constituye la más hermosa prerrogativa y la base fundamental de la Iglesia; unidad que nos garantiza todas sus demás prerrogativas, que nos garantiza su infalibilidad, su santidad y su inmortalidad. Esa hermosa unidad era la que admiraba á San Agustín, cuando exclamaba: «Amad la verdad, contemplad la unidad, adheríos á la caridad, y llegaréis á la eternidad.»

Mas ¿por qué el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego? Efectivamente, leemos en el texto sagrado: «Entonces se les aparecieron como unas lenguas de fuego que se dividieron, y el fuego reposó sobre cada uno de ellos.» San Gregorio el Grande nos dará la respuesta y la interpretación. La lengua, según aquel gran Pontífice, tiene una relación íntima, necesaria, con el pensamiento y el verbo interior de la inteligencia humana, porque por la lengua, nuestra inteligencia se manifiesta en lo exterior, y hace conocer su pensamiento, su razón, su verbo. San Pablo nos ha dicho que el grande misterio de Jesucristo nos ha sido revelado por el Espíritu Santo. Nuestro Señor mismo nos ha dicho: «Cuando venga sobre vosotros ese espíritu de verdad que voy á enviaros, os instruirá de toda verdad, os hará conocer todo lo que me concierne; os pondrá en disposición de comprender y de confesar que yo he venido de Dios.» El Espíritu Santo es, pues, la lengua del Verbo divino. El es el que ex-

presa en lo exterior el pensamiento substancial de Dios, el que revela sus misterios, sus grandezas, porque las conoce de toda eternidad, pues es coeterno y consubstancial con el Verbo. Era, por tanto, conveniente que apareciese en forma de lenguas, porque de ese modo enseñaba, de la manera más sencilla é inteligible, lo que en efecto es y debe ser su operación, ya con relación á la Iglesia, ya con respecto á los miembros de ella.

¿Queréis ver, hermanos míos, cómo el Espíritu Santo, lengua divina del Verbo divino, instruyó en este día á los Apóstoles en los misterios del Verbo? Pues venid, escuchad á esos Apóstoles antes tan ignorantes, tan estúpidos, tan groseros y tan dispuestos á tomar en el sentido más material las palabras de su Divino maestro. Escuchad en particular á San Pedro, hablando en presencia de todo el pueblo, de los sacerdotes y de los doctores de la ley. ¡Gran Dios!... ¡Qué transformación tan milagrosa!... ¡Qué sublimidad de pensamientos!... ¡Qué elevación de lenguaje!... ¡Qué conocimiento tan profundo de la Sagrada Escritura y del sentido de las profecías, tocante á la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo!... ¡Qué fuerza de raciocinio, qué majestuosa elocuencia para probar la inocencia y la divinidad de Jesucristo!... Toda la multitud quedó estupefacta, conmovida, hasta el punto de derramar lágrimas, y convencida hasta en el fondo de su corazón. Anonadados, subyugados por aquella elocuencia de un nuevo género, pues que era la elocuencia del Espíritu Santo, humillados, confundidos por haber crucificado al Autor de la vida, mostraron al momento la docilidad de los verdaderos penitentes, y dijeron á San Pedro y á los demás Apóstoles: «¿Qué debemos hacer, hermanos nuestros?...» El perdón no se hizo esperar. Pedro los tranquilizó y los excusó de lo que habían hecho por ignorancia: el arrepentimiento y el bautismo fueron las únicas condiciones que les impuso. Y he ahí que en aquel mismo instante tres mil personas se arrepienten, creen en Jesucristo, reciben públicamente el bautismo, y se hacen cristianos. No os asombréis, dice San León, de esa sabiduría y de esa ciencia que brillaron en los Apóstoles, y que obraron con tanta prontitud y tan eficazmente sobre aquella multitud. El Espíritu Santo, la lengua del Verbo divino, era la que acababa de instruirlos y vivificaba su palabra: en la escuela de Dios, el hombre aprende sin lentitud.

Ese mismo prodigio, para quien sabe observarle, se renueva todos los días. Yo no diré que de la misma manera y con igual facilidad obren los misioneros católicos, esos nuevos apóstoles, sobre los pueblos bárbaros, y los conduzcan al conocimiento y al amor de Jesu-

cristo. Pero os diré: «Mirad lo que pasa en derredor vuestro y á vuestra vista: interrogad á los que se titulan filósofos, que quieren hacer ostentación de sabiduría sin Dios y contra Dios, fuera de la Iglesia y contra la Iglesia. Preguntadles qué es lo que saben, qué es lo que creen acerca de Dios, del alma y de la vida futura. Se verán sumamente embarazados para formular una respuesta. No saben articular más que palabras altisonantes, frases incoherentes, y sistemas falsos y absurdos que les sirven para encubrir la ignorancia de toda verdad, la falta de toda creencia y de toda convicción. Lo mismo sucederá con los herejes, que han tomado por lo serio los principios de la herejía: compelidos á formular su fe y su símbolo, se hallarán bastante embarazados, y no encontrarán en su entendimiento ni en su lenguaje más que vaguedad é incertidumbre.

Por el contrario, interrogad, no os diré al teólogo católico, sino á un sencillo aldeano, á una mujer, á un niño que sabe el catecismo, y le oiréis exponer con la más asombrosa facilidad, con la mayor exactitud, las más sublimes doctrinas acerca de Dios y de sus atributos, acerca de Jesucristo y de sus misterios, acerca de los sacramentos y de su eficacia, acerca del hombre y de su origen, su caída y su destino, y acerca de la vida futura, sus castigos y sus recompensas. Por manera que los filósofos, aun los más profundos, fuera de la Iglesia no hacen más que tartamudear como niños: mientras que los niños de la Iglesia, aun los más inocentes y sencillos, hablan como verdaderos sabios, como filósofos profundos. El profeta lo había predicho: «Dios ha hecho elocuentes las bocas de los niños más pequeños.» No os sorprendáis de eso: cuando vuestras bondadosas madres, cuando vuestros preceptores cristianos y los ministros de la Iglesia os enseñan la doctrina cristiana, es el Espíritu Santo mismo, la lengua del Verbo divino, la que os enseña á Jesucristo y su religión, y con semejante Maestro se aprende pronto y bien lo que se enseña: *Ubi Deus magister est, cito discitur quod docetur.*

Regocijémonos, pues, de encontrarnos en esta Iglesia, con la que ha prometido estar siempre. Adhirámonos para siempre á esta Iglesia, de que ha hecho, como dice San Pablo, la columna y el apoyo indestructible de la verdad.

No hubiera sido suficiente que el Espíritu de Dios, descendiendo sobre la tierra, esparciese en ella la abundante efusión de su luz, por la enseñanza de la verdad. Era preciso, sobre todo, que esparciese en ella los principios y los gérmenes de las virtudes por la abundante efusión de su gracia.

No olvidemos lo que he dicho al comenzar este discurso, que to-

das las criaturas en el orden natural han nacido del Espíritu de Dios, que era llevado sobre las aguas en el origen del mundo. «En efecto, dice San Cipriano. su calor vivificante es el que todo lo anima, todo lo fecunda y lo conduce á su perfección.» No porque el Espíritu Santo sea el alma substancial de todos los cuerpos y de todo el universo, porque ese sería el error del panteísmo, sino porque el Espíritu Santo es el que de su riqueza da á la materia y á todos los cuerpos su propia naturaleza, sus fuerzas y sus propiedades.

Pues bien; lo que el Espíritu Santo habia hecho en el orden de la naturaleza desde el principio del mundo, lo repitió de una manera más magnífica en el orden de la gracia al nacimiento del cristianismo.

La virtud no era menos rara sobre la tierra que la verdad. Todos los pueblos del mundo, á excepción de uno solo, sumergidos en las tinieblas de la idolatría, se arrastraban por el fango de todos los vicios. Los filósofos, con sus sistemas de una moral enteramente humana, no corrigieron ningún vicio, ni lograron el persuadir, ni aun el inculcar una sola virtud. Aun aquellos que colocaban el supremo bien en la honestidad, no tenían valor para dar el ejemplo de ella. Aquella supuesta honestidad y honradez no excluía de la conducta de la vida las acciones más vergonzosas, las más contrarias al orden social. Ni es menos constante y probado que el orden social pagano no presenta más que un conjunto de violencias, de injusticias, de imposturas, de guerras perpetuas, de esclavitud, de torpezas ú obscenidades, de furores políticos, de falsa moral y de falsa religión. En vano buscariais allí la humildad, principio de toda perfección moral, y la caridad, fundamento de toda prosperidad social. La antigüedad pagana ni siquiera concibió la idea de esas grandes virtudes, puesto que ni aun tomó su nombre en sus labios; y, por otra parte, está bastante probado por los hechos que toda la virtud pagana no fue más que egoísmo y orgullo.

Mas apenas el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, cuando en seguida veis, al lado de las más importantes y majestuosas verdades, brotar las más sublimes virtudes. En efecto, por lo mismo que el Espíritu Santo se apareció bajo la forma de lenguas luminosas para anunciar que venia á iluminar las almas, quiso también que esas lenguas fuesen una llama abrasadora, para atestiguar que venia á purificar, santificar y feundar los corazones. He ahí, pues, propagado ese incendio en el que nuestro Señor Jesucristo deseaba tan vivamente ver abrasadas todas las almas.

Fija desde luego vuestra atención en esos Apóstoles, antes tan

groseros, tan débiles y tan tímidos, los veis en seguida transformados en sabios, en filósofos, en héroes intrepidos, cuales la antigüedad no conoció jamás. El usurero Mateo llegó á ser un Evangelista, un historiador, que supo dejarse degollar por atestiguar sus narraciones; el incrédulo Tomás fue á llevar el testimonio de su fe á las extremidades del universo. No necesitados á todos uno por uno: Jesucristo los eligió á todos por mártires de su causa. Ved con qué calma aceptan hoy su misión, hoy que ven claramente y sin celajes, su objeto y sus peligros. Mirad sobre todos al primero entre ellos, Pedro, que habia negado tres veces á su divino maestro; Pedro, cuyo valor flaqueaba á la voz de una débil mujer; miradle hoy arrostrar á un mismo tiempo al magistrado romano, la sinagoga, el furor de la multitud y la suspicaz envidia de Herodes. Podriais creer que eso fuese el resultado de un entusiasmo apasionado?... ¿Qué interés podia inflamar aquellos corazones antes tan helados? Su tranquila intrepidez basta para demostrar que no hubo ni pudo haber otro móvil que la acción del espíritu divino sobre unos hombres transformados, regenerados, elevados sobre sí mismos. Oídles expresar, sin ostentación ni rodeos, el motivo determinante de aquella actitud tan nueva que tomaban á presencia de todo Jerusalén, y que sabian tomar á presencia del mundo entero: «Considerad, dicen á los poderosos adversarios de Jesús, considerad si es justo, en presencia de Dios, escucharos á vosotros más bien que á Dios. ¿Podemos dejar de atestiguar lo que hemos visto y oído?» Bien pronto los veréis despreciar los calabozos, los tormentos, la flagelación, las hogueras, todo género de suplicio y de muerte cruel; y lo que es humanamente inexplicable, no sólo la calma, sino la alegría inundará su corazón, y se reflejará en sus miradas y en sus discursos. Fueron aprisionados, cargados de cadenas, y no las dejaron hasta después de haberlos azotado atrocemente, como á esclavos y malhechores. «Y ellos se retiran llenos de gozo porque delante de Dios habian sido encontrados dignos de sufrir los suplicios y las afrontas por el nombre de su divino Maestro.» Evidentemente sintieron en sí mismos los efectos de esta promesa: «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que sobrevendrá en vosotros. Seréis penetrados, revestidos de una energía divina, que no puede venir sino de lo alto.» Y fueron transformados en seres nuevos, sobrehumanos, divinizados.

Por la virtud del mismo Espíritu, mas tarde, dieciocho millones de mártires de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones, jóvenes vírgenes, ancianos, y hasta niños, asombraron, desesperaron y confundieron á los más feroces tiranos, y supieron despreciar

amenazas, promesas, seducciones y suplicios. Por la virtud del mismo Espíritu, no sólo los primeros cristianos, sino también los verdaderos cristianos de todos los tiempos y de todos los lugares, han sabido renunciar el oro por la pobreza, la gloria por la humillación, los deleites carnales por las mortificaciones de toda clase, la venganza por el perdón de las injurias, y el egoísmo é interés personal por la abnegación de la caridad. Sólo el Espíritu Santo ha podido infundir en el corazón del hombre y hacer germinar en él esas virtudes que caracterizan al cristianismo y que son desconocidas fuera de él.

Ahora ya sabéis lo que debéis pensar de esos supuestos filósofos, que quieren establecer el orden por la fuerza, la virtud por la ciencia, y la moral sin Dios. Dejémosles practicar sus ensayos de fundar la sociedad en el derecho con exclusión del deber, en las pasiones con exclusión de la virtud, y en el interés con exclusión de la abnegación y del desprendimiento. Como los filósofos de la antigüedad, y más vergonzosamente todavía, se disparan y perderán en la vanidad de sus orgullosos pensamientos. Los mismos filósofos paganos no dejaron de conocer algunas veces la necesidad de la acción divina. Aunque pagano, Cicerón rindió homenaje á la verdad, hoy desconocida: que toda grandeza moral no puede venir más que de la inspiración divina. Bajo el imperio del cristianismo sería ignominioso retrogradar aún más allá del paganismo. Como la abnegación de Jesucristo por el hombre y del hombre por Jesucristo es lo que constituye la santidad de la Iglesia, del mismo modo la abnegación de los padres por sus hijos y de los hijos por los padres, es lo que forma los lazos de la familia: la abnegación del poder por el pueblo y del pueblo por el poder, es lo que conserva la fuerza y la seguridad del Estado; la abnegación de los pueblos para con los demás pueblos, ayudándose y respetándose mutuamente, es lo que forma la verdadera civilización del mundo y la ventura de la humanidad. Pues bien; la abnegación no es más que el sacrificio de sí mismo en obsequio de los otros. No puede haber abnegación sin la inmolación del egoísmo, sin la caridad de Dios; y no puede haber caridad de Dios sin el Espíritu Santo, pues por el Espíritu Santo la caridad se esparce en las almas.

Por esto la Iglesia santa nos invita á meditar hoy en un misterio tan sublime á la par que atractivo, en el misterio del divino Espíritu, que desciende sobre los apóstoles y los primeros fieles para colmarlos de todos sus dones. *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto*. He aquí el efecto de la perpetua y divina intercesión que Jesucristo ha ido á ejercer cerca de su Padre celestial. ¡Cuán magnífico, cuán inefable es,

exclama San Agustín, ese primer testimonio de la bondad divina! ¡Cuán tierna es la solicitud del Criador por la restauración de su criatura!

Desciende el divino Espíritu bajo la forma sensible de lenguas de fuego, al percibirse aquel gran ruido, que venia del cielo, semejante al de un viento impetuoso, para significarnos misteriosamente que el Espíritu Santo en la Iglesia es lengua que instruye, fuego divino que ilumina y fecundiza, y aliento ó sople que dirige.

Tales son, hermanos míos, los admirables efectos que produce en las almas al derramar en ellas sus divinos dones. ¡Ah, venid, Espíritu Santo, consumid en nuestros corazones enfermos todo lo que sea opuesto á vuestra santidad y rectitud. Hay en nuestros corazones tortuosidad y rebeldía. Vos solo podéis doblegar, enderezar, enternecer los corazones empedernidos y poner fin á sus extravíos. *Flecte quod est rigidum, fove quod est frigidum, rege quod est devium*.

Venid, Espíritu Santo, morad por medio de vuestros consuelos en aquellas almas, en las que ya moráis por la gracia. Sólo vos poseéis este bálsamo divino de paz y de esperanza que sabéis derramar en un corazón marchito. Así la Iglesia os ha llamado el mejor consolador, el huésped más afectuoso, el refrigerio más dulce para el alma desolada. *Consolator optime, dulcis hospes anime, dulce refrigerium*. Derramad, en fin, sobre nosotros vuestros siete dones, sostenednos con vuestra fuerza, durante nuestra vida, para entonar algún día el himno de los justos y gozar de las inefables delicias de la gloria. Así sea.

## PENTECOSTÉS Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

*Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.*  
Todos fueron llenos del Espíritu Santo.

(HECHOS DE LOS APÓSTOLES, II, 4.)

El misterio de este día representa á nuestro espíritu la admirable visión que nos refiere San Juan en su Apocalipsis. Este amado evangelista nos representa á la celestial Jerusalén como una esposa que descende del cielo ricamente adornada en compañía de su divino Esposo. El Espíritu Santo abrió las doce puertas que dan entrada á esta ciudad sacratísima, á cuya habitación son llamadas todas las naciones del mundo, y con el fuego de su amor purificó el oro de que están sus muros construidos. La multiplicidad de formas, que San Pablo atribuye á la gracia del Espíritu Santo, son las que adornan la Iglesia de una rica variedad de dones y virtudes; las que constituyen el precio y el diferente resplandor de las piedras preciosas que componen sus fundamentos. La luz de este divino Espíritu hace resplandecer día y noche la lámpara del Cordero que ilumina el mundo con sus rayos, y la que forma, como dice San Pedro, la casa espiritual, el templo santo del Señor, que subsistirá hasta el fin de los siglos.

Pero hablemos ya sin figuras. El Espíritu Santo vivifica á toda la Iglesia; y como descendió en otro tiempo sobre los apóstoles, para que fuesen columnas firmes del augusto templo de la Iglesia universal, descende aún invisiblemente sobre los cristianos, para que sean otros tantos templos particulares, que quiere consagrar con su presencia. De este descenso invisible del Espíritu Santo sobre las almas, pretendo hablarlos en este día. La materia es de sumo interés. Mas para entrar en el fondo del misterio con algún orden y la brevedad posible, considero por ahora únicamente dos suertes de cristianos: unos que por su fervoroso amor y caridad atraen sobre sí una más abundante efusión del Espíritu Santo, y otros, que después de haberle perdido por la culpa, le recobran por una verdadera conversión. En dos palabras, el Espíritu Santo aumenta en su descenso la

santidad de los justos que perseveran en su gracia, y el Espíritu Santo obra la conversión de los pecadores que son fieles á los movimientos de su gracia. Dos breves reflexiones que dividen justamente el discurso, dignas de esta cátedra, de vuestra atención y de mis débiles conatos. Pidamos todos la asistencia de este divino Espíritu por la poderosa intercesión de María Santísima. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave María.*

Nada más frecuente en las Santas Escrituras que expresiones figuradas, en que los hombres son llamados templos del Espíritu Santo. ¿Qué templo en efecto más santo que un alma en gracia? Como el Espíritu Santo es el principio y origen de la santificación del hombre, la fuente de donde descienden todos los dones y gracias que adornan y perfeccionan el alma, es fácil concebir que la efusión de este divino Espíritu es la que forma el templo espiritual, en que reside la plenitud de la divinidad. En confirmación de esta verdad dijo el príncipe de los apóstoles: *Si fueris injuriados en nombre de Cristo, seréis bienaventurados, porque el honor, la gloria y virtud de Dios, como asimismo su divino Espíritu, descansa sobre vosotros.*

Mas aunque este templo espiritual subsista siempre en nosotros, mientras perseveramos en gracia, ¿quién ignora que hay tiempos particulares, en que el Señor se complace en adornar estos templos vivos con una mayor efusión de sus dones? En efecto, como el Espíritu Santo eligió este gran día para descender sobre sus apóstoles de un modo tan brillante y singular, puede decirse que renueva anualmente el misterio de su descenso sobre los justos, y que nosotros celebramos hoy la dedicación de este templo sagrado, que llevamos en nuestro interior; porque así como el templo de Salomón fué consagrado por aquel fuego celestial que los israelitas vieron descender sobre la casa del Señor, así la primera consagración de los templos vivos de los fieles se hizo por el descenso de estas lenguas de fuego sobre la cabeza de los Apóstoles; cuya memoria, acompañada de las gracias de este divino Espíritu, se celebra hoy en la Iglesia con la mayor alegría.

No es, pues, una visita pasajera la que nos hace. Establece, dice San Agustín, una morada fija y un domicilio permanente dentro de nosotros. Ni se contenta, añade este Padre, con derramar sobre nuestras almas el precioso perfume de su gracia: quiebra, por decirlo así, el vaso que contiene este sagrado bálsamo, para que todas las cosas, donde espiritualmente habita, queden santificadas. En esta ocasión, pues, deben florecer las plantas de la casa del Señor; los muros

de Jerusalén deben ser edificadas de piedras preciosas, y las almas justas deben hacer progreso en la virtud. Hoy es cuando la alegría, la caridad y la paz, frutos preciosos del Espíritu Santo, se multiplican; cuando las tres Personas de la adorable Trinidad toman una nueva posesión de nuestras almas; cuando los santos son santificados más; cuando el reino de Dios, que está dentro de nosotros, recibe aumento de fortaleza, de riqueza y gloria.

Esta efusión del Espíritu Santo se obra sobre los justos por un aumento de luces en el entendimiento y una renovación de fervor en la voluntad. *El Espíritu que yo os enviaré*, decía Jesucristo á sus discípulos, *os dará testimonio de mí*. Este Espíritu de luz correrá el velo de vuestros ojos, y os revelará las maravillas de mi ley. Os representará esta Religión apoyada sobre una infinidad de testigos, que son garantes infalibles de la verdad; sobre el testimonio, digo, de millones de mártires que han derramado hasta la última gota de sangre en su defensa; sobre las luces de una infinidad de doctores, que en sus escritos han hecho más brillante la verdad que el sol en medio del día; sobre el ejemplo de una innumerable multitud de vírgenes, confesores y anacoretas, que han vivido entre las mayores austeridades, para merecer las recompensas eternas; sobre estos Libros sagrados, por decirlo de una vez, depósito de la verdad y de las voluntades del Eterno. El Espíritu de verdad que yo os enviaré, dice Jesucristo, os enseñará todas las cosas. En la cruz, tan ignominiosa en apariencia, os hará ver un trono más brillante que el de Salomón en toda su gloria: os representará encadenados los demonios, vencida la muerte, abiertas las puertas del cielo y rotas las cadenas que aprisionaban al pecador.

Vosotros no ignoráis, señores, la mutación maravillosa que este divino Espíritu obró en aquellas almas felices que su providencia había escogido desde la eternidad para columnas de su Iglesia. Hablo de los Apóstoles, tan tímidos, que desde la muerte de su Maestro no osaban presentarse delante de los que le habían crucificado, para reprenderlos por su horrible deicidio. Mas apenas descendi sobre ellos el Espíritu Santo, ¡qué intrepidez, qué valor no les infunde! «Sabed, dice el príncipe de los Apóstoles á los escribas, fariseos y doctores de la ley, sabed que el Dios de nuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, ha glorificado á su Unigénito. Este mismo Jesús, que vosotros entregasteis en manos de Pilatos, haciéndole firmar la sentencia de muerte, que él mismo rehusaba, por conocer su inocencia; este Jesús, respecto del cual preferisteis á un malvado homicida; este Jesús á quien hicisteis morir vergonzosa-

mente, sin atender á que era verdadero justo y autor de la vida; este es el que Dios ha resucitado, y nosotros somos de ello testigos.»

Así habla aquel apóstol que poco antes temblaba á la voz de una criada. ¡Qué maravilla no causa ver hoy á este hombre, apenas ha dejado las redes y la barca, empezar las funciones de su apostolado de un modo tan prodigioso! Elevado en un momento sobre la bajeza de su oficio, sobre la obscuridad de su nacimiento y la grosería de su lenguaje, enseña los más altos misterios de la religión á los doctores de la ley, á los pontífices de Jerusalén. ¡Qué vergonzosa confusión para los sabios según la carne! ¿Qué diríais vosotros, filósofos arrogantes, si hubierais visto la conversión de tres mil almas en el primer sermón de este apóstol? ¿Cuál sería, señores, vuestra admiración, si transportados en espíritu á Jerusalén, hubieseis visto á estos discípulos, tan tímidos poco antes, encendidos entonces en aquel sagrado fuego que les comunicó el Espíritu Santo, pasar del cenáculo á las calles y plazas públicas, predicar el Evangelio y anunciar en todas lenguas la divinidad de Jesucristo?

¿Y terminó en Jerusalén su ministerio? ¿No pasaron bien presto á todas las extremidades del mundo, para encender por todas partes el fuego que los abrasaba? Los tribunales del universo, los anfiteatros, las cárceles ¿no fueron bien presto santificados por su predicación, por sus cadenas, por su martirio? *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum*. San Agustín los contempla como antorchas animadas y estrellas inteligentes, que habiendo recibido las luces de la fe en su mismo origen, salen á llevarlas hasta los climas más remotos y desconocidos. La sabiduría de Dios dispuso que el nacimiento de su Iglesia fuese acompañado de tan grandes prodigios, para que los caracteres de su dedo divino, impresos visiblemente sobre los fundamentos de su religión, permaneciesen indelebiles hasta el fin de los siglos. Elige, pues, la debilidad, para abatir la fuerza; trastorna el imperio del demonio con la cruz; postra al dragón infernal con las manos clavadas, y dispone que unos hombres rudos, y aun bárbaros, según la expresión del Crisóstomo, destruyan la idolatría, confundan el orgullo de los sabios y prudentes según la carne, y exalten la gloria del Crucificado.

Si, señores, el Dios que se sirvió de un débil pastor para postrar al soberbio Goliat, que insultaba al pueblo de Israel; el que hizo descender de la montaña aquella pequeña piedra que echó por tierra la estatua de Nabuco; el que encerró en los cabellos la invencible fuerza de Sansón; el que al sonido en fin de las trompetas trastornó en un momento los muros de Jericó; este mismo hizo descender en este

dia su divino Espíritu sobre el colegio de los Apóstoles, para que destruyesen el culto del demonio y estableciesen el de Jesucristo. Los milagros, el don de lenguas, las señales visibles que acompañaron este descenso del Espíritu Santo, fueron, dice San Gregorio, como una lluvia ó rocío fecundo, con que la eterna sabiduría regó este frondoso árbol de la Iglesia, cuyas ramas se extienden desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Mediodía. Mas luego que arrojó profundas raíces y las aves del cielo anidaron entre sus ramas; es decir, cuando los emperadores, los reyes y los mayores sabios abrazaron la fe de Jesucristo, suspendió la Providencia el curso de estas gracias visibles y extraordinarias, contentándose con suscitar de cuando en cuando nuevos Constantinos, Teodosios y Fernandos que celen el honor de la Iglesia, contra la cual jamás prevalecerán las puertas del infierno; porque el Espíritu Santo que la dirige y la sostiene, no sólo desciende sobre ella, aumentando la santidad de los justos, sino también obrando la conversión de los pecadores: segunda reflexión, que paso á demostraros con la posible brevedad.

Todos los justos, hermanos míos, que participan por medio de la gracia de la unción de la divinidad son templos de Dios en su interior. Oíd á San Pablo: *¡Ignoráis, dice á los fieles de Corinto, ignoráis que sois templo de Dios, y que habita en vosotros el Espíritu Santo?* Si tuvierais una fe viva, descubriríais las bellezas de un alma en gracia, y los secretos atractivos que arrebatan el corazón de su celestial esposo. Veríais estas ocultas riquezas de la hija de Sión, que saca de su interior toda su gloria; conoceríais la razón por que el Señor mira como sus delicias habitar entre los hijos de los hombres; y miraríais con el mayor horror el pecado, que es únicamente el que os puede privar de tanta felicidad; y para decirlo de una vez, preferiríais con el Profeta ser los últimos en la casa del Señor á ocupar los primeros sitios en los tabernáculos de los pecadores.

Mas á proporción que un alma justa presenta un tan bello espectáculo á los ojos de la fe, nada hay más odioso que un alma desfigurada por la culpa. Jeremías nos la representa negra como el carbón: *Denigrata est super carbones*. Extinguido en ella el fuego del amor y de la caridad, nada hay más horrible, nada más tenebroso. Es un templo profanado, arruinado, negro por los humos del fuego infernal de la concupiscencia y del incienso sacrilego que en él se ha quemado al ídolo Dagon.

Traed, os ruego, á la memoria la triste y deplorable descripción que hace el Espíritu Santo de la profanación del templo de Jerusalén en el principio del libro primero de los Macabeos. Despojado el

tabernáculo de sus adornos y cubierto de inmundicias; los tesoros y los vasos sagrados abandonados al pillaje; interrumpidos los sacrificios, y un ídolo execrable colocado sobre las alas de los querubines; la sangre de los sacerdotes y de los levitas derramada en lugar de víctima; todo en fin entregado á la avaricia y á la impiedad de Antiooco. ¡Qué triste, pero qué natural pintura de un alma manchada por la culpa!

¡Ah! si en el momento que aquí hablo nos mostrara Dios las abominaciones de su pueblo, como en otro tiempo al profeta Ezequiel, ¡qué multitud de reptiles y animales inmundos, figuras de las pasiones dominantes, no veríamos ocupar en los corazones el lugar que debía habitar solamente el Señor! ¡Qué de esclavos de la fortuna, que vueltos de espaldas al altar, no reconocen más divinidad que la ambición y las riquezas! Veríamos una idolatría abominable derramada sobre la faz de la tierra, y ocupando en el mundo el lugar de Dios.

Tal era, hermanos míos, el universo cuando el Espíritu Santo descendió á purificarlo. Casi todos los hombres eran templos manchados por la culpa: la carne toda, no menos que en tiempo de Noé, había corrompido sus sendas, y Dios la hubiera destruido, si la sangre del inocente Abel, que acababa de morir sobre la cruz, no hubiese clamado misericordia á favor de tanto delincuente. La sangre adorable de Jesucristo había ya arrojado el germen de conversión en el corazón de muchos judíos: los testigos de los prodigios que acompañaron su muerte, cuando se retiraron del Calvario, se daban golpes en el pecho, confesando que era verdadero Hijo de Dios.

Mas estos primeros momentos de compunción no hubieran tenido consecuencia, si el Espíritu Santo, á quien San Agustín llama *vicario de Jesucristo*, no hubiese acabado su obra. Cuando oyeron pues predicar su divinidad y su resurrección, la gracia del Espíritu Santo hizo nacer prontamente frutos dignos de penitencia de la simiente que la sangre del Salvador había arrojado. *¿Qué haremos, dicen á San Pedro, para expiar nuestra culpa?* Siete mil conversiones fueron el fruto de los dos primeros discursos de este apóstol. El nombre de Jesucristo resucitado resuena por todas partes; los oráculos de su Evangelio son públicamente anunciados en el templo, donde los sacerdotes y pontífices se conjuraron contra su vida. El rebaño primitivo de los cristianos se multiplica diariamente, y el sepulcro de la sinagoga viene á ser bien presto la primera silla de la Iglesia.

No obstante, la virtud de la sangre de Jesucristo no obraba aún sino en Jerusalén, donde había sido derramada. Los Apóstoles, estas

nubes misteriosas que vió Isaías, destinadas á derramar sobre todos los pueblos un rocío divino y saludable, con arreglo á lo dispuesto por su Maestro, trabajaban al principio en congregar las ovejas dispersas de Israel. Mas el Espíritu Santo, como un viento favorable y vehemente, llevará bien presto estas nubes por todo el mundo, para derramar, como dice San Pedro, la lluvia fecunda de la sangre del Salvador: *In aspersionem sanguinis Jesu Christi*: bien presto hará que se resuelvan en copiosas aguas, que conducidas por los torrentes de la predicación, inundarán toda la tierra: *Flabit spiritus ejus, et fluent aquae*: bien presto suscitará, entre otros, un Apóstol de las naciones, que de las mismas piedras hará salir hijos de Abraham y congregará los dispersos de Israel.

¿Que no pueda yo, cristianos, detenerme á tratar con extensión de las operaciones del Espíritu Santo en la conversión de este grande apóstol, obra maravillosa de la gracia y su más fiel obrero! Baste decir, que el Espíritu divino le convirtió en un momento de león en cordero, de perseguidor de la Iglesia en vaso de elección, destinado por la Providencia á llevar el nombre de Jesucristo ante los príncipes y reyes de la tierra. El corrió con pasos de gigante por casi todo el mundo habitado. Esta nube misteriosa y benéfica difundía por todas partes la lluvia de la celestial doctrina del Evangelio, plantaba iglesias, y el Espíritu Santo daba incremento á estas nuevas plantas, que dieron bien presto copiosos y dignos frutos de penitencia.

Así lo testifica el mismo Apóstol; y San Cipriano observa, que el divino Espíritu apareció siempre bajo símbolos análogos á las operaciones de la gracia, en la conversión de los pecadores. Ya aparece sostenido sobre las aguas, porque lava las manchas del pecado con las lágrimas de la contrición; ya en forma de fuego, porque purifica las almas por el ardor de la caridad; ya bajo el símbolo de paloma, para denotar que eleva las almas, apoyadas en las alas de la fe, sobre los sentidos y afecciones terrenas. Esta paloma, dice San Agustín, es la que gime y suspira en las almas penitentes. ¿Cómo en efecto podrían ellas gemir, si la gracia del Espíritu Santo no les comunicase lágrimas que desarmasen la justicia del Padre?

¡Felices palomas las que entranen hoy en el arca con el ramo de oliva, llevando en su pico y en su corazón señales verdaderas de su reconciliación con Dios! ¿Las reconocéis vosotros en vuestra conversión, cristianos? ¿Da vuestro interior pruebas de haber recibido al Espíritu Santo? ¿Os en el fondo de vuestra alma los gemidos de esta paloma, esto es, los sollozos de vuestro arrepentimiento? ¿Habéis purificado el templo interior de vuestras almas por medio del sacrificio

de un corazón contrito y humillado? ¿Habéis dicho al Señor con los sentimientos penitentes del Profeta: *no me arrojeis de vuestra presencia, ni me privéis de vuestro divino Espíritu?* ¿Habéis repasado con amargura de corazón los años de vuestra vida? ¿Estáis resueltos á abrazar los ejercicios de penitencia? Indispensable es, hermanos míos, que los que han contristado al Espíritu Santo y violado el templo de Dios, como dice el Apóstol, sean rigurosamente castigados.

Si queréis, pues, restablecer el templo de Dios en vuestro interior, es necesario que, á imitación de los israelitas, cuando purificaban el templo de Jerusalén profanado por Antiocho, edificáteis con una mano y con la otra os defendáis de vuestros enemigos; es decir, que debéis por una parte combatir contra los vicios, y por otra trabajar en el edificio de las virtudes; abandonar las sendas torcidas de la iniquidad y seguir el recto camino de la justificación; desnudaros del hombre viejo criminal, para vestiros de Jesucristo; abandonar el mundo corrompido, sus pompas, sus vanidades y la soberbia de la vida, para recibir la gracia del Espíritu Santo, que no sólo descendió sobre su colegio, sino diariamente descendiéndo sobre nosotros, con el designio de aumentar la santidad de los justos, y de obrar la conversión de los pecadores.

Venid, Espíritu consolador, venid sobre nosotros: arrojad un rayo de vuestra luz inaccesible, que disipe las tinieblas de nuestro entendimiento. Enviadnos el fuego ardiente de vuestro amor y caridad, que derrita nuestro corazón cual blanca cera: hacéndonos arrojar profundos gemidos, que nazcan de un verdadero dolor de vuestras culpas, y lágrimas abundantes que purifiquen vuestras manchas, á fin de que se renueve hoy vuestra gloria en el templo de vuestras almas. *Amén.*

## SOBRE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

*Ut sint unum sicut et nos.*  
Para que sean una sola cosa como lo  
somos nosotros.

(SAN JUAN, G. 27, v. 11).

La Iglesia nos llama hoy, hermanos míos, á la celebración del más grande de los misterios de Dios, en el cual estriba todo el edificio de la religión y toda la economía de nuestras creencias; pero, después de habérnoslo propuesto y anunciado, corre sobre él el augusto velo de la fe, y nos manda postrarnos y adorar. No debemos, á pesar de esto, desconsolar nuestra esperanza; no debemos desalentar á nuestra razón; no debemos, sobre todo, desechar lo que no podemos comprender y que, por lo mismo, está destinado á hacer las delicias de nuestra inteligencia en el gran día de la completa manifestación de la verdad. Aunque actualmente sea para nosotros incomprendible el misterio que hoy veneramos, forma, sin embargo, la parte rudimentaria de la educación del cristiano, y constituye, al propio tiempo, el último término de la ciencia infinita. Por esto es la primera cosa que se enseña al niño desde los pechos de las madres y la postrera que se descubre al bienaventurado como glorioso complemento de su dicha inmortal. De suerte que, en el Cristianismo, el misterio de la Trinidad adorable es, para decirlo así, el alfabeto de la sabiduría de la fe; es, además, la fórmula precisa que da solución á todas las dificultades que encontramos en los caminos de la divina ciencia, mientras peregrinamos por este mundo de tinieblas, y es, á la vez, la última intuición, la última luz que se revela á los santos cuando son incorporados y anegados en el sempiterno esplendor de los cielos.

Mas yo no quiero detenerme ahora en este lado especulativo y sublime del misterio. Temo, hermanos míos,—y lo digo francamente,—temo dar con alguno de los dos escollos tan frecuentes en el estudio é investigación de los dogmas cristianos: la ignorancia que no

quiere admitir nada, y la ciencia que todo quiere explicarlo. La razón, sin embargo, nos indica que entre dos escollos extremos debe encontrarse algún sendero fácil y florido, por el cual podamos enderezar nuestros pasos y contentar nuestra vista con una perspectiva tan dilatada y tan bella como los horizontes de la felicidad.

En efecto, siendo la religión el fondo de nuestro ser y apoyándose la verdad religiosa en el misterio, éste debe adaptarse necesariamente á nuestra naturaleza, pobre hoy, pero destinada á tan grandes iluminaciones en la vida venidera, y debe de tener una importancia inmensa en los destinos del género humano. No hay ninguna duda, hermanos míos; el misterio es tan inherente á la humanidad en las condiciones de su vida actual, que sin él se desvanecerían todos los encantos de nuestra existencia y hasta la ilusión de todas las pasiones y de todas las virtudes que, si lo consideramos bien, veremos que viven y se nutren de la fe. A pesar de esto, en tratándose de los misterios de la religión, que son los más elevados y de más vital interés para nosotros, no podemos hacer otra cosa que fijar sus nociones para conservar teológicamente su doctrina, y entretenernos, si acaso, en el examen de su parte práctica, á fin de descubrir en ellos la profunda sabiduría de su autor y la acción moral que sobre la humanidad hayan ejercido. El hombre terrestre, como todo ser que se halla aún en estado de educación, tiene más necesidad de la santificación de la voluntad que de la iluminación de la inteligencia. He aquí por qué el objeto directo de la verdadera religión sobre la tierra es purificar el corazón del hombre é irlo preparando de este modo para las superiores luces que le esperan á su entrada en el reino de Dios.

Por esto todos los misterios tienen para nosotros, además de su parte enigmática y escondida, tres condiciones inefables, que el Criador les ha puesto en la tierra para asegurar la paz de sus criaturas: todos satisfacen nuestros deseos con algún don; todos dirigen nuestras costumbres con algún ejemplo; todos excitan y alimentan nuestras esperanzas con alguna promesa. Además, todos los misterios son ejemplos, ha dicho un padre de la Iglesia, y el cristiano debe imitar todo cuanto cree. En una palabra, los misterios de nuestra religión son como aquella columna que en otros tiempos guiaba por el desierto al pueblo escogido: por un lado noche profunda; por otro torrentes de luz, á fin de que sea racional y meritorio á la vez el obsequio de nuestra fe.

Peró si los misterios cristianos están dotados de condiciones tan importantes, el de la Trinidad, como fundamento y raíz de todos

ellos, abre además un campo inmenso á los estudios de la filosofía y á las investigaciones de la razón, ya se la considere en los admirables atributos de Dios, ya se examinen á la luz de la ciencia histórica sus numerosos vestigios en todas las tradiciones del Oriente, cuna probable de una primera revelación; ya se la estudie en su acción moral sobre la humanidad y sobre el mundo. Detengámonos, hermanos míos, en este último punto, y procuremos descubrir, consumada por la influencia del augusto misterio de la Trinidad, la unidad moral del género humano, es decir, cumplidos los deseos de Jesucristo de que todos nosotros fuéramos una sola cosa, como El y el Espíritu Santo lo son con su Padre celestial. *Ut sint unum sicut et nos.* He aquí la materia de mi discurso. Pidamos los auxilios de la gracia por la intercesión de la Santísima Virgen, saludándola y diciéndola: *Ave Maria.*

El misterio de la Trinidad que la Iglesia glorifica hoy con un culto especial, es en el Cristianismo lo que los primeros principios en las ciencias exactas, indemostrable en sí mismo, pero fundamento y raíz del dogma de nuestra justificación y por consiguiente, de la verdadera moralización del mundo. Dejando de contemplarlo en su parte aislada y especulativa y considerándolo puesto en acción, lo vemos realizar, por medio de los elementos que lo constituyen, si es permitido hablar así, la suprema santidad, la suprema justicia, el supremo amor y la unidad suprema, por la caridad que nos une á Jesucristo para unirnos á Dios y hacernos así participantes de su naturaleza, que es la unidad por excelencia. Colocado de esta suerte en el plan de la revelación cristiana, este misterio deja de ser una abstracción enigmática y se convierte en una visible operación de la divinidad, que obra clementísima en la regeneración y salvación de los hombres y recibe en su misteriosa naturaleza las adoraciones que en nosotros excita la perenne y espléndida manifestación de su amor.

He aquí por qué el misterio de la Trinidad, que antes había sido considerado por la filosofía incrédula como una superfluidad de la razón humana, como un contrasentido y un absurdo, después que ha sido estudiado desde el punto de vista de los designios morales de Dios sobre el hombre, ofrece ya distinto aspecto y se hace, no sólo accesible á la misma razón, sino que la enamora y la cautiva. Por esto casi todos los esfuerzos que de algún tiempo á esta parte está haciendo la filosofía sintética para constituir la unidad de la ciencia, acaban por reconocer el origen de esta misma ciencia en una concepción trinaría

de la Divinidad. Y no es extraño, hermanos míos, si se atiende á la noción de Dios, tal como se ha reflejado constantemente en la inteligencia humana.

Esta ha reconocido siempre en Dios una cosa radical que, no ofreciendo al espíritu ninguna idea determinada, sólo ha podido concebirla como base de todas las varias propiedades por cuyo medio se muestra á la razón del hombre la idea de Dios. Todas las lenguas del mundo han querido dar nombre á esa cosa primitiva é incomprendible en sí, y en la nuestra se conoce por la palabra *infinito*.

Pero al mismo tiempo que la inteligencia humana declaraba á Dios inexplicable, iba tomando del lenguaje, de las figuras y de las observaciones todos los nombres, hasta los que parece que envuelven ideas más opuestas, para aplicarlos á Dios y componer con ellos su nombre adorable; á la vez uno y múltiple. Esta profusión de nombres, de imágenes y de símbolos, parece oscurecer más bien que aclarar la noción de Dios, si no se procura descubrir el necesario enlace de las ideas que representan; pero cuando este enlace llega á ser conocido; cuando la revelación viene en auxilio de la humanidad para hacerle palpar este enlace, entonces aquella gran noción de Dios se manifiesta y desenvuelve á su vista con sublime y pasmosa claridad.

Si por un momento fijamos nuestra atención en esto, veremos, con efecto, que todos esos nombres y todas esas ideas se hallan divididos en dos clases: los unos expresan los caracteres incomunicables del ser divino, lo que pertenece á Dios solo, lo que no puede comunicarse á las criaturas; los otros denotan, al contrario, lo que de hecho es participado por las criaturas, lo que, en este sentido, es común á Dios y á ellas. La unidad absoluta, por ejemplo, la infinitud, la eternidad, la inmensidad y la inmutabilidad son nombres que indican lo que distingue á Dios de las criaturas. El poder, la inteligencia, la sabiduría, el amor, la bondad, la justicia y misericordia, expresan algo de lo cual participan las criaturas, aunque en un grado finito y limitado. Por esto decimos que el hombre es poderoso, sabio, justo, etc.; calificaciones que se refieren necesariamente á un tipo primórdial, á la fuente de todo lo perfecto, al Dios soberano.

Es esto tan cierto, hermanos míos, que si examinamos atentamente la primera clase de los nombres divinos, veremos que las ideas que se expresan con ellos, van al fin á resolverse y confundirse en una idea radical: no son, para decirlo así, más que fases diversas, relativamente á nuestra débil inteligencia, de la idea del infinito ó de la unidad absoluta: la inmensidad es el infinito en sus relaciones

con el espacio; la eternidad el infinito en sus relaciones con el tiempo; la inmutabilidad el infinito como exclusivo de toda variación. Si consideramos la segunda clase de los nombres de Dios para descubrir igualmente en ellos cuáles son las ideas primitivas de las que estos mismos nombres presentan las varias fases, relativamente á nuestra manera de concebir, veremos que todas esas nociones se reducen precisamente á tres: el poder, la inteligencia y el amor.

Ved ahí, hermanos míos, cómo sin pensararlo he venido á exponeros, aunque en bosquejo, una teoría filosófico-teológica de la Trinidad. Por un lado, todo lo que expresa los caracteres incommunicables de Dios, se resume en la idea única, pura y simple del infinito: por otro lado, todo lo que es participable por las criaturas se resume en las tres nociones primordiales que acabo de indicar: el poder, la inteligencia y el amor. La primera idea se refiere al Dios uno; las tres nociones especiales de esta idea se refieren al Dios trino. Una y otras juntas componen la idea del Dios uno y trino, del Dios verdadero, de la beatísima Trinidad.

Más es; la unidad infinita, bajo esas tres nociones, no sólo constituye la idea de Dios, sino que constituye al propio tiempo el motivo por que Dios es á la vez para el hombre incomprensible é inteligible. Incomprensible, porque siendo incommunicables los caracteres propios de su ser, es, desde este punto de vista, inaccesible á todas las inteligencias criadas; y estas, por lo mismo que existen como criaturas, por lo mismo que son inteligencias limitadas, no pueden comprender lo que constituye el infinito. Para que hubiera igualdad entre la inteligencia de esas criaturas y el objeto infinito, sería necesario que, perdiendo su carácter propio, fuesen transformadas en Dios. Pero al mismo tiempo éste es para ellas inteligible, porque encuentran en sí mismas, aunque en su condición de finitas, las tres grandes propiedades esenciales de la augustísima Trinidad, propiedades que en Dios no son solamente tales, sino que importan y significan personalidades completamente distintas.

Pero he dicho que Dios es inteligible para las criaturas, porque éstas encuentran en sí mismas, en su condición de finitas, las tres condiciones fundamentales de la ciencia divina. ¿Queréis saber cómo? «Si imponemos silencio á nuestros sentidos, dice un gran prelado del siglo xviii, y entramos por un momento en el fondo de nuestra alma, es decir, en ese lugar donde se hacen oír siempre los acentos de la verdad, encontraremos en él una especie de imagen terrestre de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer como el germen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos

da alguna idea del Hijo de Dios, concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Por esto el Hijo de Dios es llamado verbo, palabra, para que conozcamos que nace del seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino á la manera que nace en nuestra alma esa palabra interior que en ella sentimos cuando contemplamos la verdad.

Mas la fecundidad de vuestro espíritu no se limita á esa palabra interior, á ese hijo intelectual, á esa imagen de la verdad que en nosotros se forma.

Amamos esa palabra interior, y el espíritu de donde procede, y amándolos, sentimos en nosotros algo que nos es tan precioso como nuestro espíritu y nuestro pensamiento; algo que es resultado de uno y otro, que los une, que se une á ellos y que forma con ambos una sola y misma vida.»

He aquí, en cuanto es posible hallar lógica entre la Divinidad y el hombre, de la manera que se produce en Dios el amor eterno que sale del Padre que piensa y del Hijo que es su pensamiento, para hacer con él y con su pensamiento una misma naturaleza igualmente dichosa y perfecta.

Pero insensiblemente me he ido separando del propósito que os había anunciado y me queda ya muy poco espacio para descubrirlos la fecundidad admirable de mi tema. Vuestra ilustración, sin embargo, suplirá lo que faltare á mis brevísimas indicaciones, que procuraré exponer con la posible claridad.

La actividad libre del hombre tiene marcado un fin único, el fin mismo de la creación, que es el perpetuo desarrollo del universo por medio de una participación siempre creciente del ser de Dios. Pero esta actividad se ejerce de dos maneras distintas correspondientes á los dos elementos esenciales de toda criatura. A menos de abandonarnos lastimosamente á las aberraciones del panteísmo, que hace ilusoria la idea de la creación y del universo, no podemos concebir los seres criados ó finitos sino como subsistiendo por la combinación íntima de dos elementos: uno común y otro individual; es decir, como partes del todo y como hallándose dotado cada uno de ellos de una vida propia, individual é incommunicable. Desde el primer punto de vista se hallan unidos los seres entre sí y con el primero de todos ellos, que es Dios, y desde el segundo son distintos unos de otros, hasta el punto de que si el individualismo predominara alguna vez, acabarían por separarse.

La actividad de los seres inteligentes, y del hombre en particular, tiene, pues, simultáneamente por objeto, de una parte el conocimien-

to y observancia de las leyes que atraen los seres á su centro común y eterno, y de otra la expansión de la vida individual, por la que cada uno tiende á efectuar, hasta cierto punto, su evolución propia. De aquí resultan necesariamente dos maneras distintas de actividad; porque en efecto, el acto por el cual el hombre obra con relación al centro común, difiere esencialmente del acto por el cual se constituye á sí mismo en centro particular. El uno es un acto de sacrificio y de obediencia; el otro un acto de satisfacción y de libertad. La religión, por consiguiente, debe de necesidad apoyarse en la distinción de esos dos órdenes fundamentales, de esos dos elementos de nuestra naturaleza; porque si no reconociere el primero no sería religión; y desconociendo el segundo, no sería la religión del hombre, cuya individualidad habria destruido ó tenderia á destruir.

¡Cosa admirable, hermanos míos! El misterio de la Trinidad, que parece el más abstracto y el más repugnante á la razón, es sin embargo el cimiento de una religión que nos ha sido revelada como la forma sensible de la verdad que nos ilumina y del amor que nos vivifica; de la verdad que ilumina á todos los espíritus y es el sol de todas las inteligencias, y del amor que es la fuente de la vida y la vida de todos los corazones; de la verdad que ha ilustrado al individualismo humano hasta el punto de modificarlo y casi anularlo, haciéndole cambiar sus propias tendencias, y del amor que ha realizado la unión de los seres finitos entre sí y con el ser soberano; en una palabra, de la verdad que es el Verbo de Dios y del amor que es el Espíritu Santo de Dios; de la verdad y del amor que han renovado la faz de la tierra y que sin destruir los dos elementos esenciales de la humana naturaleza, los han hecho servir de un modo maravilloso y nunca pensado á la glorificación del mundo inteligente por su incorporación directa á la unidad infinita; de la verdad y del amor que han convertido el egoísmo humano, origen de todos los males de esta pobre tierra, en una virtud desconocida antes, llamada caridad, que es para nosotros el germen y la indefectible prenda de todos los bienes del cielo; de la verdad y del amor que, dirigiendo la actividad libre del hombre por las vías de la santidad y de la justicia, han proporcionado á la humanidad, ver consumado en el tiempo el fin único de la creación, el perfecto desenvolvimiento del universo por medio de una participación que no puede ser más cumplida del ser de Dios; de la verdad y del amor en fin que han hecho del hombre un Dios, asociándolo tan íntimamente, por la gracia y por los sacramentos, á su esencia infinita, que él mismo nos llama, no solamente amigos y hermanos, sino miembros suyos, carne de su carne y hueso de sus

huesos, asegurándonos que los que reciban esa verdad y ese amor, poseen ya la vida eterna y que él los resucitará para glorificarlos en el último día.

Ved ahí, hermanos míos, en compendio y en último resultado, la que ha hecho de la humanidad y en el mundo la revelación y la influencia del dogma de la Trinidad. La unidad universal que ha sido siempre el sueño beatífico de las inteligencias privilegiadas y que en los tiempos de la filosofía más pura no pasó de ser un idealismo místico, desvanecido siempre al soplo de la más pequeña contradicción, ha venido á ser en los días venturosos de la nueva ley, el estado normal y la forma precisa del mundo regenerado y de la humanidad iluminada por el Verbo de Dios. Es preciso estudiar este fenómeno; es preciso ir siguiendo, paso á paso, las operaciones de la gracia sobre la naturaleza y los adelantamientos de la naturaleza, conducida por la gracia en los caminos de esa regeneración y de esa unidad, para poder comprender el valor de todo cuanto nos rodea, y la inmensidad de los destinos á que somos llamados como consecuencia necesaria y feliz de las condiciones de nuestro estado actual. Es verdad que el hábito y la influencia de la atmósfera cristiana en que vivimos hacen que ese trabajo no nos sea muy fácil; pero es menester emprenderlo alguna vez en la vida, aunque no sea sino para encender siempre más y más nuestro reconocimiento hacia el que tanto bien nos ha hecho y para que el espectáculo de sus beneficios vaya estrechando cada vez con más fuerza los sagrados é indisolubles vínculos que á él nos ligan, para ligarnos á la par y recíprocamente con todos los seres del universo, con todas las criaturas de Dios.

Pero yo no puedo desenvolver ahora estas consideraciones que seguramente inundarían nuestras almas de consuelo y de felicidad. Recordad tan sólo lo que era el mundo antes de la revelación de este misterio, y comparadlo luego con lo que ha sido incesantemente después. Contemplad á esa Roma, escogida para ser la infatigable obrera de la unidad del mundo: ¿qué resultado dan sus colosales esfuerzos, reproducidos siempre con idéntica perseverancia, por tantas generaciones? Los pueblos se van mezclando en su seno, es verdad; mas á medida que se extiende su dominación y se propaga su influjo político, se van relajando los vínculos morales, y llega un día en que el egoísmo es el rey de los asociados, en que el individualismo amenaza á la sociedad con los horrores de una disolución monstruosa, en que su Dios es el oro y el placer, su ciencia la duda, su gloria el exterminio ó la esclavitud de los vencidos, y su religión la más supesticiosa, corrompida y abominable idolatría.

¡Ah! si yo pudiera levantar de aquí el velo que envuelve ese abismo de todas las miserias del hombre degenerado! ¡Veriais salir de él prodigios de ignominia que ruborizarian vuestro santo pudor cristiano! No parece sino que el Altísimo había querido permitir aquel horrible desenfreno de todos los vicios y de todas las maldades, para hacer sentir mejor á la tierra la necesidad del remedio que quería enviarte. Efectivamente, en medio de la más general descomposición que la humanidad haya presentado jamás, vino el Verbo al mundo á rehabilitar lo que estaba perdido, fué engendrado en la tierra y llovido del cielo, según la expresión profética, empezando de este modo la obra que venia á consumar: la transfiguración de la naturaleza humana, en la persona del Cristo, á la naturaleza inefable de Dios. Desde aquel momento empezó la humanidad á progresar tan rápidamente hacia la noción de la verdad pura, que al poco tiempo se despojó de sus antiguas creencias como de un ropaje gastado, y abrazó creencias nuevas que á la vez que satisfacían más noblemente al individualismo, aseguraban de una manera gloriosa para todos la suspirada unidad. Es esto tan cierto, hermanos míos, que algunos años después, cuando San Juan publicó su Evangelio y dió á conocer á la sabiduría del mundo la sublime procedencia de aquel Verbo de Dios, toda humana ciencia tornó hacia él su vista asombrada, y hasta la filosofía nacional que creyó ver en él al Logos de Platón y al Espíritu puro de los alejandrinos, se quedó extática de admiración, se hizo cristiana y convirtiendo á sus discípulos más distinguidos en padres de la Iglesia naciente, empezó á trabajar en la grande obra de la unidad moral del mundo, por la que tanto había suspirado aquel Verbo que se hizo carne para habitar con nosotros y para iluminar á todos los hombres al venir á este mismo mundo, al cual acababa de mostrarse como unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Y los resultados correspondieron admirablemente á tan magnífica empresa, porque lo que había empezado el Verbo, lo consumó el Espíritu; porque en adelante el amor puro fué el pasto de todos los corazones, como la verdad pura era ya el alimento de todas las inteligencias; porque así como la Verdad, sacrificándose por todos, había comprado con el precio de la sangre el derecho de exigir del individualismo humano algo de su libertad y de su expansión propia, el amor había santificado la unidad del todo, derramando sobre el mundo el torrente inagotable de sus gracias y atractivos, y envolviendo á la tierra como un torbellino, según la bellísima expresión de los libros santos, en la embriaguez de sus castas y divinas delicias. Ya no se conocieron desde entonces judíos ni gentiles, griegos ni bárbaros,

romanos ni escitas, ni ninguna de aquellas otras funestas denominaciones que tantas lágrimas hubieron de costar á la pobre humanidad: el Espíritu Santo, el amor inefable de Dios, espíritu de verdad y de caridad, que predica y enseña, que amonesta y corrige, que absuelve y perdona, que santifica y salva, introduciéndose en los corazones, hizo de todos los hombres una familia de hermanos, hijos de un mismo Padre, herederos de iguales promesas, y destinados todos á una misma vida, á una misma patria y á una misma gloria. *Ut sint unum sicut et nos.* Influyendo igualmente sobre el rey y el legislador como sobre el último de los esclavos, borró todos los títulos, anuló todas las categorías, niveló todas las eminencias, y escogiendo siempre los individuos conforme á los designios de su gracia, hizo de un publicano un evangelista, de un pescador un apóstol, de un perseguidor un heraldo de la fe y un vaso de elección, y de una pecadora pública una santa. Y para que en la sucesión de los tiempos no se aflojasen los lazos que con la humanidad había venido á contraer, antes de que el Verbo se volviera á la mansión eterna de su gloria, conjurando y agotando todo el poder de su Padre y todo el amor de su Espíritu, como dice San Agustín, instituyó el gran sacramento, reproducción perenne en la tierra del misterio de la Trinidad y postrer sello de la unidad de los dos mundos, para mancomunarnos con él y para que todos nosotros viviéramos la misma vida que vive él con el Padre y el Espíritu Santo. *Un sint unum sicut et nos.* Así rectificó Dios, por medio de su Verbo y de su Amor, la actividad libre del hombre y los dos elementos esenciales de esta actividad de que al principio os he hablado, á fin de consumir esa soberana unidad que nos salva, que nos glorifica, que nos hace casi dioses en la tierra para ser introducidos después en los tabernáculos de la augustísima Trinidad en los cielos, juntamente con nuestros cuerpos, obra del Padre, rescate del Hijo y Templo del Espíritu Santo. *Amén.*